

## Quinto Domingo de Cuaresma

Hebreos 9:11-15

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Por eso, Cristo es mediador de un nuevo pacto, para que, interviniendo muerte para la remisión de los pecados cometidos bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna”.

### CRISTO, NUESTRO GRAN SUMO SACERDOTE.

1. Para entender esta sección, se tiene que entender prácticamente toda la Epístola a los Hebreos. El resumen breve es que trata de dos clases de sacerdocio. El sacerdocio antiguo fue físico, con adornos, casa, sacrificio, perdón y toda su manera de ser físicos. El nuevo sacerdocio es espiritual, con adorno, casa y sacrificio, con toda su manera de ser, espirituales. Cristo no vino con seda ni oro ni piedras preciosas, cuando cumplía su oficio sacerdotal en el sacrificio de la cruz; más bien, vino con amor divino, sabiduría, paciencia, obediencia y todas las virtudes, que nadie vio excepto Dios, y el Espíritu, porque fue un adorno espiritual.

2. Cristo no sacrificó machos cabríos, ni becerros ni aves ni pan, ni sangre o carne, como lo hicieron Aarón y sus descendientes, sino ofreció su propio cuerpo y sangre, y lo hizo espiritualmente, como dice aquí: “mediante el Espíritu Santo”.

Aunque la gente vio el cuerpo y la sangre de Cristo como cualquier otra cosa material, no veía que fue en sacrificio y que lo sacrificó, como vieron cuando Aarón sacrificó. No fue un sacrificio visible, como en el caso de las ofrendas en manos de Aarón. En ese tiempo, vieron no solo porque becerros, machos cabríos, aves, pan, etc., son cosas materiales, sino también claramente vieron que lo sacrificaba y que fueron sacrificios. Pero Cristo ofreció a sí mismo en el corazón ante Dios, en donde nadie lo vio ni observó. Por eso su carne y sangre físicos son un sacrificio espiritual, así como los cristianos, los descendientes de Cristo, nuestro Aarón, sacrificamos nuestros cuerpos; sin embargo, este es un sacrificio espiritual o, como lo llama San Pablo, “adoración espiritual” (NVI). Su sacrificio no fue perceptible a ningún mortal. Por tanto, su carne y sangre se hizo un sacrificio espiritual. Asimismo nosotros los cristianos, la posteridad de Cristo, nuestro Aarón, ofrecemos nuestros propios cuerpos, Romanos 12:1. Hacemos este sacrificio en espíritu, en donde solo Dios lo ve.

3. Así también el tabernáculo o casa e iglesia de Cristo es espiritual, a saber, el cielo, ante la presencia de Dios. No se colgaba de la cruz en ningún templo, sino ante los ojos de Dios, y todavía está allí. Además, el altar es espiritualmente la cruz, porque aunque le gente veía la madera, nadie sabía que fue el altar de Cristo. Así su oración, su rociar la sangre, su quemar el incienso fueron todos espirituales, porque todo sucedió por medio de su Espíritu.

4. Así, aun el fruto y la bendición de su oficio y sacrificio, el perdón de nuestros pecados y nuestra justificación, también son espirituales.

En el Antiguo Testamento, con su sacrificio y rociamiento de sangre, el sacerdote solo obtenía una absolución o perdón externo, infantil. El resultado fue que todo el que participaba de eso podía vivir y moverse públicamente entre el pueblo; fue externamente santo, como uno librado de la excomunión. Todo el que no participaba de eso fue inmundo, no podía estar en la congregación ni gozarla, sino fue separado de ella en toda forma, como los que ahora son excomulgados.

5. Pero de esa forma nadie estuvo internamente santo y piadoso ante Dios. Más bien, tenía que haber algo más grande que obtendría el verdadero perdón. Lo mismo es el caso con la excomunión ahora: Todo el que no tuviera más que el perdón o la absolución del juez eclesiástico, seguramente quedaría para siempre fuera del cielo. Por otro lado, todo el que es excomulgado no debe ir al infierno a menos que haya algo mayor allí. No puedo dar una comparación mejor para entender cómo estaban las cosas en el sacerdocio judío que el sacerdocio papal con su desatar y atar, por los cuales nada sino la comunión externa con los cristianos se prohibía o permitía. Dios quería tener las cosas así en ese tiempo para obligar y constreñir al pueblo con el miedo; así como todavía quiere que la excomunión sea válida cuando se maneja correctamente para castigar el mal y constreñirles con el temor, pero realmente no hace a nadie ni piadoso ni malo por medio de ella.

6. Pero en su sacerdocio Cristo tiene la verdadera remisión, santificación y absolución espiritual, que valen ante Dios, si somos externamente excomulgados o no, si somos santos o no. La sangre de Cristo ha obtenido para nosotros un perdón que sigue eternamente ante Dios, porque él quiere perdonar nuestros pecados por amor a su sangre mientras dure esa sangre y clame por gracia para nosotros. Porque vale ahora y clama eternamente por nosotros, somos eternamente santos y salvos ante Dios. Este es el resumen de esta Epístola. Ahora es fácil entenderla, de modo que lo recorreremos rápidamente.

*“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros”.*

7. Eso es, Aarón y sus descendientes, los sumos sacerdotes, vinieron en su adorno físico y obtuvieron perdón físico en un templo o tabernáculo físico, que se veía. Cuando la gente fue absuelta, considerada santa, y en la congregación, estos fueron beneficios presentes, temporales. Pero Cristo vino en la cruz de modo que nadie lo vio cuando fue ante Dios en el Espíritu Santo, adornado con cada gracia y virtud, un verdadero Sumo

Sacerdote. Esas no son cosas buenas temporales, de modo que la gente tenga perdón físico, sino “bienes venideros”; es decir, bendiciones que son espirituales y eternas.

Los llama “bienes venideros” no porque debemos esperar el perdón y toda gracia primero en esa vida futura, sino porque ahora son nuestros por la fe, y sin embargo quedan ocultos, para ser revelados solo en esa vida, y también porque, en comparación con el sacerdocio antiguo, debían venir en Cristo.

*“Por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación”.*

8. No nombrará ni puede nombrar este tabernáculo, porque es tan maravilloso, porque está delante del rostro de Dios en fe y todavía no se ha revelado. Por eso, no está “hecho de manos” como lo fue el anterior, “es decir, no de esta creación”. El tabernáculo antiguo, como todos los demás edificios, se tenía que construir con madera y otras cosas, que Dios antes había creado y hecho en forma física, como dice: “¿Dónde está la casa que me habréis de edificar? ... Mi mano hizo todas estas cosas” (Isaías 66:1-2). Pero ese tabernáculo mayor todavía no está presente y listo, sino Dios lo está construyendo y lo revelará, como dice Cristo: “Y si me voy y os preparo lugar” (Juan 14:3).

*“Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención”.*

9. El sumo sacerdote tenía que entrar en el lugar santísimo una vez al año con la sangre de un macho cabrío y así reconciliar a la gente físicamente (Levítico 16). Eso significa que Cristo, el verdadero Sacerdote, moriría una vez por nosotros, para obtener para nosotros la verdadera reconciliación. Porque ellos tenían que repetirlo cada año, fue solo una reconciliación temporal e imperfecta; no era eternamente suficiente, como la reconciliación de Cristo. Aunque volvamos a caer y pecar, todavía estamos seguros de que la sangre de Cristo no cae, ni peca, sino queda ante Dios y siempre y eternamente nos reconcilia. Volvemos a la gracia una y otra vez, sin nuestras obras ni mérito, con que no nos quedemos alejados en la incredulidad.

*“Si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra”, etc.*

10. Puedes leer acerca del agua rociada y las cenizas de la becerra roja en Números 19, y de la sangre de machos cabríos y toros en Levítico 16:14-15. Dice aquí que estas fueron purificaciones solo temporales y físicas, como dije antes. Pero Cristo purifica la conciencia ante Dios de obras muertas, es decir, de pecados que merecen la muerte y de obras hechas en el pecado y por tanto muertas, para que sirvamos al Dios viviente con obras vivas.

*“Por eso, Cristo es mediador de un nuevo pacto”, etc.*

11. Bajo esa ley, donde solo había perdón externo para el pueblo, físicamente, los pecados y las transgresiones quedaban internamente en la conciencia ante Dios y no

ayudaban el alma para nada, porque Dios no había instituido eso para purificar y salvaguardar la conciencia o dar el Espíritu. Más bien, Dios instituyó la ley para entrenar, compeler y disciplinar externamente al pueblo. Por eso dice aquí que las transgresiones existían y permanecían bajo el primer pacto (Hebreos 9:15). Pero Cristo es mediador con su sangre para que seamos redimidos en nuestra conciencia ante Dios, porque Dios ha prometido dar el Espíritu por la sangre de Cristo. Sin embargo, no todos reciben el Espíritu, sino solo los que son llamados a ser herederos eternamente, a saber, los elegidos.

12. Así, esta hermosa Epístola contiene la doctrina consoladora de que debemos saber que Cristo es nuestro Sacerdote y el Obispo de nuestras almas (1 Pedro 2:25), y que ningún pecado se perdona por nuestro hacer o mérito, ni se da el Espíritu de esa forma. Más bien, eso sucede solo por su sangre, a quien Dios lo ha dado. Se ha dicho suficiente de esto en todas las Postilas.